

vaciones del caso, los propósitos de este ensayo son:

1.º Propender á amalgamar definitivamente todas las *verdades averiguadas* respecto á las funciones y naturaleza del espíritu humano, ya provengan de escuelas idealistas ó materialistas, de la observación interna ó de la fisiología;

2.º *Deslindar* las distintas categorías en que, para su mejor estudio, podría la psicología dividirse;

3.º *Cimentar* la metafísica en el estudio directo de la psicología.

## CAPITULO I

**La psicología se divide en tres grados, abarca toda la filosofía, emplea todos los métodos y da una metodología única á las ciencias sociales.**

El humanista del Renacimiento creyó que debía estudiarse todo, profusamente, sin orden ni método: teología, filología, física, gramática, historia, astrología, ética, literatura, química... Y su característica fué la erudición.—El filósofo romántico del Neohumanismo tendía á pensar á la inversa: que para conocer al hombre le bastaba saberse observar á sí mismo y á los demás en sí mismo; que los conocimientos extensivos podían más perjudicar que mejorar su vida intensiva... Y la inspiración fué su palanca.—El filósofo positivista moderno cree que para conocer al hombre bastan las ciencias físico-naturales; que además sólo la filología comparada puede arrojar alguna luz sobre la etnografía; pero que, en general, todo el conjunto de los estudios morales del pasado son un fárrago inútil de vaguedades é insensateces... Y funda su humanismo casi exclusivamente en la psico-fisiología.—Ninguna de estas opiniones me parecen hoy admisibles: ni la desenfrenada erudición medioeval, que podría gastar la vida en estudios mediocrementemente fructuosos ó infructuosos;

ni la ignorancia romántica, que puede conducir, cuando no hay genio, al absurdo; ni la exclusión positivista, que desecha datos capitales sobre la evolución moral é intelectual de los hombres á través de la historia...

Si se entrega á un hábil obrero un instrumento de trabajo desconocido, complicado y poderoso, para que ejecute una obra determinada, el obrero procederá, antes de comenzar la obra, á realizar *tres operaciones previas*. Primero estudiará el instrumento, su forma, su peso, su substancia, sus partes componentes, el engranaje de sus piezas; luego, estudiado el instrumento en sí, averiguará su manejo y su funcionamiento; y, finalmente, conocido el instrumento y su manejo, investigará su alcance, su capacidad, su potencia... Inmediatamente después planeará su obra y dará comienzo á su ejecución. Ante el instrumento dado, sus tres primeros problemas fueron, pues: «¿Qué es esto? ¿Cómo funciona? ¿Cuánto puede?»

Dios, la Naturaleza, el Destino ó lo que sea, entregan al humanista un instrumento de trabajo, el más poderoso, el más complicado y acaso el más desconocido: la inteligencia. Y le dicen: «Con este instrumento de trabajo realiza la obra suprema de *mejorar el hombre*.» El humanista, entonces, observando la inteligencia humana antes de emprender la labor encomendada, se dice,

como el obrero: «¿Qué es esto? ¿Cómo funciona? ¿Cuánto puede?»

¿Qué es la inteligencia? A esta primera pregunta, es decir, á la observación *externa* de la inteligencia, responde la *psicología fisiológica*.

¿Cómo funciona? Sólo la *observación interna*, que es la *psicología* propiamente dicha, *científica*, que podría también llamarse *especulativa*, sobre las bases adquiridas de la psico-fisiología, puede darnos una idea de las funciones de la inteligencia, del razonamiento y de la *lógica*, que antes, harto ilógicamente, se estudiaba abstrayéndola de la psicología.

¿Cuánto puede? ¿Es limitado ó ilimitado el poder de la inteligencia humana? Si es limitado, ¿hasta dónde llega? ¿Dónde está la línea que divide la región de lo cognoscible de la de lo incognoscible? La ciencia que trata de resolver estos problemas se ha llamado siempre metafísica. Su base positiva está en la inteligencia misma, pues debe investigar hasta dónde *aspira* ésta á llegar y hasta dónde *puede* llegar; por consiguiente, como ella se reduce, ó debe reducirse, al estudio más elevado de las facultades mentales, llamaríala yo simplemente *psicología trascendental*.

Hago, pues, de la psicología la primera base positiva de las especulaciones de la razón, y divido

esta ciencia en tres grados: *psicología fisiológica* ó *psico-fisiología*, que trata del sistema nervioso y sus funciones; *psicología científica* ó *especulativa*, que se ocupa del estudio de la inteligencia por los datos de la observación interna; y *psicología trascendental*, cuyo objeto es establecer los límites de lo cognoscible y lo incognoscible. Las tres se eslabonan inductivamente, desde la psicología de la célula, hasta el problema del infinito; son como tres regiones de una pirámide inmensa, que arraiga en el fango de las primeras manifestaciones de la vida vegetal y animal, y cuyo vértice se pierde sobre las nubes del cenit. Escalar esa pirámide de su base á su cúspide, es el principio infalible de toda metodología de las ciencias morales ó sociales, antes llamadas «humanidades» (*litteræ humaniores*). Y es de apuntarse, de paso, que los términos «ciencias morales» y «ciencias sociales» pueden y hasta deben hacerse sinónimos, porque el principal, si no el único objeto de la moral, es organizar las sociedades; porque el primer efecto de la sociabilidad es la moral...

Ahora bien, sobre *psicología empírica* y *psicología trascendental* se han escrito miríadas de páginas, más ó menos claras, más ó menos exactas. La moderna psicología fisiológica tiende á despreciarla como inútil farrago de excentricidades hoy anacrónicas. Paréceme absurdo tal des-

precio, por cuanto los hechos de la psico-fisiología, aunque le den sólidos fundamentos científicos, nunca podrán *substituir* los datos, tanto más elevados y depurados, de la observación interior. Lo que es indiscutible es que la ciencia contemporánea está en el deber de *simplificar* los fenómenos tan ampliamente expuestos por la vieja psicología idealista y la metafísica, y, *concordados* en su parte verdadera, á la moderna psicología fisiológica. En efecto, pienso que todos ellos pueden condensarse en un pequeño pero preciso grupo de conceptos capitales y en unas cuantas leyes de evidéntisima realidad. Siguiendo un método positivo de *exposición*, intentaré concretarlas en los siguientes capítulos y hasta traducirlas al moderno lenguaje psicológico.

Hay también otra serie de estudios que pueden considerarse psicológicos: la «sociología» ó psicología de las sociedades (que los franceses suelen llamar «psicología étnica» y los alemanes «psicología de los pueblos», *Völkerpsychologie*). Pero esta serie no cae, creo, dentro de la psicología propiamente dicha, y no debe formar, por lo tanto, una cuarta categoría á agregar á las tres señaladas. En efecto,  $\psi\chi\acute{\iota}$ , *mens*, espíritu, es una cosa esencialmente personal, individual. Sólo la perfecta unidad de un organismo animal puede poseer realmente un  $\psi\chi\acute{\iota}$ . La unidad relativa de

una sociedad, de un pueblo, no puede poseer, hablando científicamente, una psiquis; es por metáfora, y más aún por analogía, que se dice «el alma de la sociedad», «el espíritu del pueblo», que los alemanes llaman *Volkgeist*. Hay, pues, una psicología individual, porque existe un espíritu individual; pero cuando se habla de una «psicología social», debe entenderse que no se trata de una ciencia diversa, sino de una de las fases ó aplicaciones de la psicología *única*. Es, pues, posible aplicar así las tres categorías ó *grados* de la psicología á la sociología ó psicología de los pueblos:

1.º *Sociología fisiológica* (etnografía, antropología);

2.º *Sociología racional* (la que se ocupa de estudiar el alma colectiva de las sociedades, el *Volkgeist*, su naturaleza, sus caracteres, sus leyes);

3.º *Sociología trascendental* (ética, estética, religión, metafísica).

No carece de importancia, para la mejor comprensión de una obra cualquiera de psicología, saber si su autor considera á esta ciencia «capaz de elevarse hasta el rango de una ciencia natural exacta». Kant aseguraba la imposibilidad de conseguirlo, y uno de sus discípulos, Herbart, demostró luego que las matemáticas son aplicables á los fenómenos internos, hasta el punto de que

construyó un tratado, más ó menos fantástico, de «psicometría»... Para Wundt, si alguna vez una teoría matemática del hecho interno fuera posible, ella no podría obtenerse más que dándole por base fundamental y única la psico-fisiología.

Para resolver este problema creo que debemos distinguir: primeramente, si se trata de la exactitud absoluta de las matemáticas abstractas, ó de la exactitud relativa de las ciencias biológicas; después, si se trata de la psico-fisiología, la psicología empírica ó la psicología trascendental:

*Psico-fisiología*.—Ante todo, me parece evidente que no pueda llegar la psico-fisiología á la precisión absoluta de las matemáticas abstractas, sino, á lo sumo, á la precisión relativa de las ciencias biológicas, de las cuales es una rama.

*Psicología racional* (psicología y lógica).—En la psicología racional deben distinguirse la base fisiológica y la observación interna. Para lo primero cabe la precisión biológica; para lo segundo me parece autorizado el uso de un realismo empírico, semejante al que llaman los alemanes *Idealrealismus*.

Ahora bien; tanto á la psico-fisiología como á la psicología (racional), creo que les son aplicables las fórmulas matemáticas; pero *no como expresión irreductible, sino como vía descriptiva*. Tal ocurre

con la ley Weber-Fechner, por ejemplo, cuya exactitud absoluta no es posible demostrar, pero cuyo valor descriptivo es evidente. Algo semejante ocurre con las fórmulas de sociología que expongo en este libro.

*Psicología trascendental* (metafísica positiva).— Siempre se ha creído que todo debe ser apriorístico en metafísica. Por el contrario, sostengo que en psicología trascendental es mucho más posible llegar á una exactitud casi matemática, que en psico fisiología y en psicología racional.

En efecto; las matemáticas puras son absolutamente exactas porque son concepciones abstractas, y deslindar de lo cognoscible lo incognoscible, es deslindar, en la psiquis humana, lo concreto de lo abstracto. En lo concreto, la exactitud es relativa; en lo abstracto, puede imaginársela absoluta. De ahí que haya más probabilidades de llegar á una verdad absoluta en metafísica positiva, que es concreto-abstracta, que en psico-fisiología y psicología, que son ciencias concretas, en que sólo caben las abstracciones, como dije, por vía descriptiva.

Mas es de advertir que todo el bagaje preparatorio del humanista no debe circunscribirse á la psicología (fisiológica, racional y trascendental). Esta sólo nos da el conocimiento *del hombre* en sí mismo, y es necesario conocer también á *los hombres* en sociedad, sus ideas y senti-

mientos históricos á través de las evoluciones de los pueblos y las épocas. Porque las ideas y sentimientos del presente son consecuencias del pasado. Este conocimiento importa el estudio de la ética, del concepto del Bien y del Mal, desde sus fuentes, y, sobre todo, *en sus fuentes históricas*. Esas fuentes podían dividirse en dos categorías: laicas y religiosas. Por haber sido la Grecia cuna de nuestra civilización, la ética helénica, Platón y Aristóteles, forman las bases laicas de nuestros conceptos morales y jurídicos; los religiosos se hallan en las Santas-Escrituras, y los grandes teólogos medioevales; aquéllos en griego, éstos en latín. Y así como el conocimiento de la psicología es sólo posible iniciándolo en la biología, el de nuestras ideas morales, con su verdadero carácter original, su primitiva terminología y su dialéctica, casi intraducibles á los idiomas modernos, no puede cimentarse más que en el estudio de los dos clásicos idiomas muertos, y, en general, en el de la filología. Las humanidades se podrían, pues, representar como un luminoso arco de triunfo sostenido por dos columnas: la biología y la filología. Y es curioso observar que los datos de una y otra ciencia pueden penetrarse y hasta substituirse. Porque la evolución filogenética del hombre es muy semejante á la evolución histórica de los pueblos.

Después de haber comenzado por la filología y

la biología, llégase á la psicología, y de ahí se pasa á las ciencias sociales y morales. Púedese considerar á estas ciencias como aplicaciones *a posteriori* de la psicología; la ética, por ejemplo, está constituida por una serie de consecuencias prácticas de la psicología; la economía política, verbigracia, vendría luego á ser un mero auxiliar de la ética, aunque bien elocuente, por cuanto las cuestiones económicas son simples fases de las cuestiones morales: llamaríala yo *estadística de la moral*.

Pienso que todos los volúmenes últimamente publicados sobre *metodología de las humanidades*, pueden reducirse á esta simple nomenclatura de principios directores y de ciencias:

- 1.º Debe irse de lo simple á lo complejo.
- 2.º Debe comenzarse por estudiar: a) *al hombre* en sí; b) *á los hombres* como sociedades ó pueblos.
- 3.º Antes de entrar en estos estudios, requiérense dos ramos *preparatorios*: las ciencias físico-naturales y la filología, en el sentido clásico de humanidades. De estos dos ramos, las ciencias sirven singularmente para el estudio del hombre como individuo, y el clasicismo para el de los hombres como sociedades ó pueblos; pero clasicismo y ciencias se complementan, y, aunque parezca extraño, pueden recíprocamente substituirse.

4.º Con la base de estos estudios preparatorios, el del *hombre* (del espíritu humano individual), debe hacerse en este orden: a) psicología fisiológica; b) psicología empírica; c) psicología trascendental; y

5.º El de los *hombres* ó pueblos: geografía é historia, ética y estética, política y economía política, sociología, derecho, educación.

Podrían representarse estas ideas metodológicas en el siguiente esquema (fig. 1.<sup>a</sup>). Debo, sin embargo, apuntar que, independientemente de las relaciones *indirectas* de las ciencias preliminares (biología, filología) con las ciencias morales ó sociales (historia, etc.) establecidas



Fig. 1.<sup>a</sup>

por medio de la psicología, hay también relaciones *directas* entre aquéllas y éstas, como, por ejemplo, entre la filología y la historia, ó la biología y la sociología antropológica; pues que todos los conocimientos humanos fenomenológicamente se concatenan.

Las relaciones directas de la filología (singularmente la griega) con la psicología, que á primera vista no parecen muy evidentes, podrían

formularse así: la terminología, la dialéctica y las doctrinas de los grandes filósofos antiguos, constituyen una excelente información para la psicología científica, y acaso la mejor para la psicología trascendental. La filosofía del lenguaje es la filosofía del hombre... En los últimos tiempos de la edad media, estando aún en la infancia las ciencias físico-naturales, el sistema de instrucción que dividió la enseñanza en los tres ciclos sucesivos de la lingüística, la filosofía y los estudios profesionales, era, pues, adelantado y hasta profético... Los ingleses lo conservan aún en la educación de las clases directoras.

Y es de observar que, á parte de su mérito *instructivo*, los dos enunciados ramos de estudios preparatorios (biología y filología), tienen un alto valor *educativo*; pues sólo ellos pueden disciplinar al espíritu en el hábito de la precisión y la prudencia. Las ciencias morales ó sociales son bastante más ambiguas é imaginativas; sin estas bases positivas é insustituibles podrían conducir á sus neófitos, que entonces no serían más que diletantes, á la divagación y al tartarinismo...

«No es posible conocer la naturaleza del hombre sin conocer toda la naturaleza...» Éste es el principio antiguo, que yo, moderno, invierto así: no es posible conocer bien nada de la naturaleza

sin conocer al hombre. El primer aforismo basaría toda la filosofía en un estudio *objetivo* de la naturaleza; el segundo, en un estudio *subjetivo* del hombre, ó sea en la psicología... Porque el hombre es el que se ha creado *para sí* todas las ideas que existen en su derredor; y porque el hombre es *lo más estable* en la evolución de la historia. Estudiar la Verdad, la Bondad, la Belleza, el Estado, por sus *exteriorizaciones* á través de los pueblos y las edades, es un medio fácil pero incompleto; más difícil pero más científico es estudiarlo todo en *el hombre mismo*, porque las exteriorizaciones cambian y el sentimiento humano que las dirige no. Así la Belleza, que en tiempos de Homero ha sido claridad y animalidad, en tiempos de Dante fué sensibilidad y teología. No estudiemos la Belleza entonces en la «Odisea» ni en la «Divina Comedia», sino en la psicología de Homero y de Dante. Hoy los autores estudian á la Belleza como armonía y al Progreso como riqueza. ¿No pueden ser mañana, pobreza el Progreso y desarmonía la Belleza? Entonces, para conocer el Progreso y la Belleza debemos estudiarlos, más que en sus *exteriorizaciones sociales*, en su *génesis psicológica*. Estudiemos, más que las producciones, los sentimientos productores; antes que las manifestaciones del hombre, que día á día cambia, el hombre, que es lo que menos cambia. Y sólo así sabremos *por qué* y *cómo* se pro-

ducen todos los fenómenos de la vida de los hombres y de los pueblos.

Pero se me podría decir que aquí hay una tautología: ¿cómo llegar á conocer al hombre sino por sus obras? La biología, por una parte, y la filología, por otra, que no son obra de los hombres sino de la naturaleza misma, es lo que nos da elementos para conocer al hombre; y una vez conocido el hombre, él, de por sí, nos basta para conocer sus obras, que, estudiadas en sí mismas, nos llevan á conclusiones tan erróneas como que la Belleza será eternamente armonía y el Progreso eternamente riqueza... A través de todas las evoluciones hay un fondo de *identidad humana*; la psicología es la que evidencia ese fondo, y la psicología puede darnos luego la clave del pasado, del presente y del futuro..

Establecida esta METODOLOGÍA DEFINITIVA para el estudio de las humanidades, es ya más evidente que éstas constituyen las más útiles y elevadas especulaciones del espíritu humano. Todas las demás ciencias y artes son, ó sus bases ó sus accesorios. Siendo función del humanista fijar rumbos á las sociedades, él es el más trascendente de los ciudadanos. Su acción es doble: directa en lo moral (política, artes), é indirecta sobre lo material (ciencias, riqueza). De ahí que las instituciones en que se enseña humanidades sean las más importantes; como lo ha declarado un

fisiólogo, Dubois-Reymond, rector de la Universidad de Berlín, la facultad de humanidades debe ser la base de una Universidad. Pero, desgraciadamente, nada más extraordinario que un verdadero humanista que, por otra parte, requiere, para poderse desenvolver, un medio ambiente propicio; y, desgraciadamente también, instituciones educativas de humanidades bien organizadas, sólo existen poquísimas en el mundo; apenas algunas facultades de Francia, Alemania é Inglaterra. En Italia, Rusia y Norte América se hacen esfuerzos para producirlas, que acaso no resulten infecundos. ¡Todas las demás instituciones del género que conozco son parodias más ó menos eficaces, y á veces contraproducentes, en que discípulos y profesores, ó no aprovechan tan bien como pudieran su tiempo, ó lastimosamente lo pierden!

Frecuentemente se menosprecia á las ciencias morales porque no han arribado á principios ó doctrinas unánimes. Se olvida que aun cuando toda teoría moral fuera hipotética, es indiscutible que semejante hipótesis influye trascendentalmente en el orden ideal y el material; sabida es la influencia del «Contrato Social» sobre la Revolución francesa, de la ética de Kant sobre la conducta y las costumbres de los alemanes... Pero aparte de ello, es evidente que cada día nos acercamos más y más, en filosofía, al anhelado acuerdo total de hechos é ideas, ya que no de palabras.